

# LOS LUNES DE EL IMPARCIAL

AÑO LVII

MADRID, 12 DE AGOSTO DE 1923

NÚM. 20.134

## PENSAMIENTOS INÉDITOS DE BENAVENTE

Decía un pobre escritor viejo:  
«No hay duda, estoy en plena decadencia; ya no tengo mas que amigos y admiradores.»



Lo peor de la ingratitud es que siempre quiere tener razón.



Es tan fea la envidia, que siempre anda por el mundo disfrazada, y nunca más odiosa que cuando pretende disfrazarse de Justicia.



¡Pobre triunfador el que sólo puede contar como triunfos propios los fracasos ajenos!



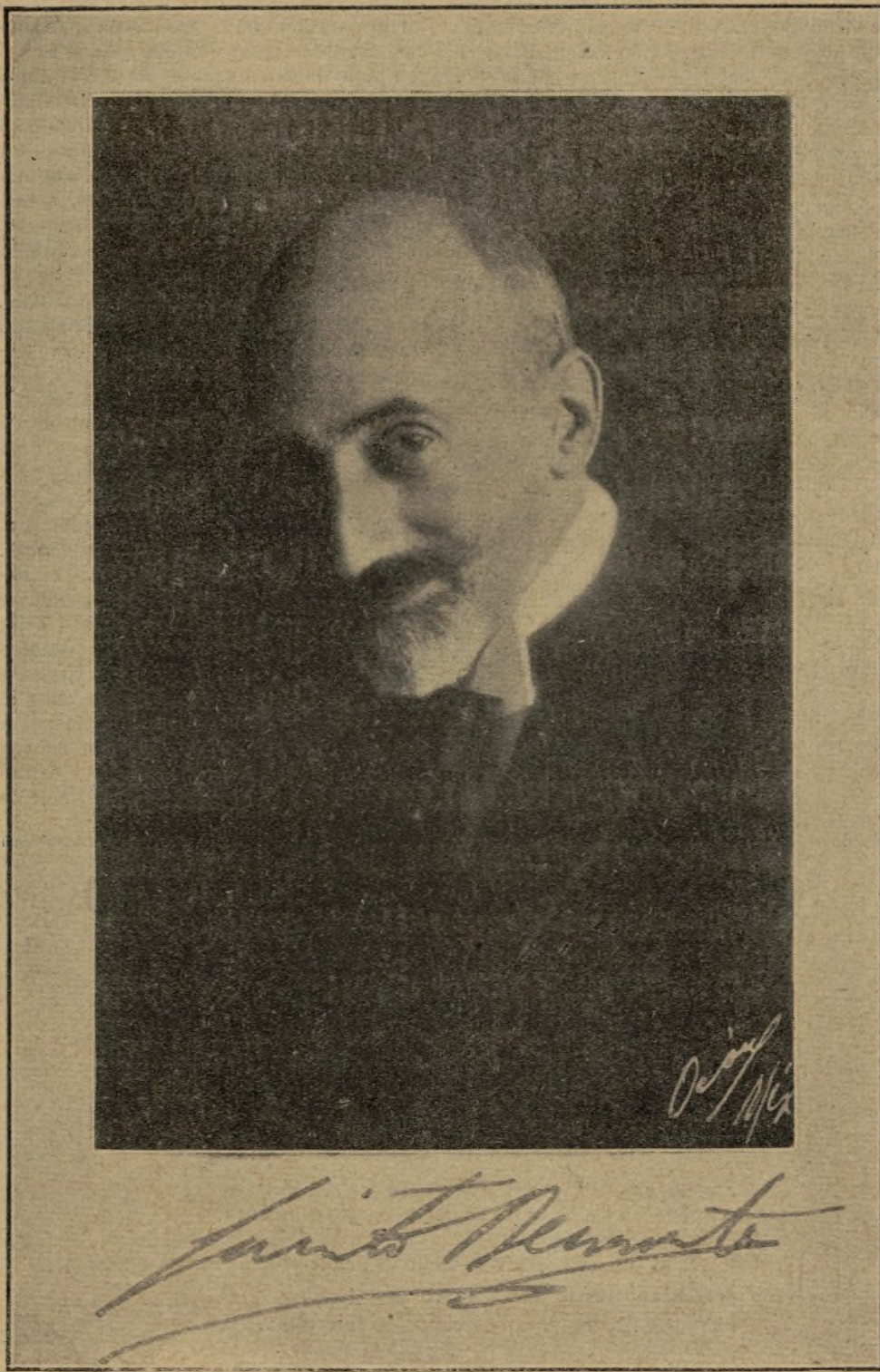
La Justicia ha de ser tan desinteresada que hasta el mismo amor a la Justicia puede llevarnos a ser injustos.



Desconfiemos siempre de los que nos creen capaces de mayores triunfos de los que hemos podido lograr. Es el modo pérfido de considerarnos fracasados.



Al despertarnos cada día elevemos esta oración al Todopoderoso: «Señor, que cuantos nos rodean sean todo lo malos que quieran, pero que sean inteligentes; si son inteligentes llegarán a ser buenos.»



ÚLTIMO RETRATO DEL MAESTRO, HECHO EN MÉJICO

Las mujeres perdonan alguna vez al que las ha engañado; pero nunca al que no han podido engañar.



Para saber cuándo hemos hecho nuestra voluntad es preciso saber que en toda determinación nuestra parece primero lo que aparentamos querer; segundo, lo que nosotros creemos creer, y, al fin, lo que en verdad queremos; y aquí es donde hay que buscar nuestra voluntad.



Nunca llega la felicidad por el camino que la esperamos.



Cuando de algo se dice: «Está muy bueno»; cuando de alguien se dice: «Es muy bueno», ya se sabe de lo que se trata en ambos casos: de comérselo.



La edad peligrosa para las obras de arte es el paso de la vejez a la antigüedad.



Las obras que ya nadie lee son las de más segura inmortalidad.



¿La diferencia entre el talento y el genio? Las obras del talento son las que están bien, porque en ellas todo está bien. Las obras del genio son las que están bien, a pesar de todo lo que está mal en ellas.

Cuando, en 1912, le fué otorgado al célebre dramaturgo alemán Gerhardt Hauptmann el Premio Nobel de Literatura—premio, el de aquel año, que estaba destinado a nuestro Pérez Galdós y que, en virtud de la oposición hecha presente en Estocolmo por ciertos sectores de la opinión española, fué a parar, anticipadamente, a manos del gran escritor tudesco—, el júbilo sentido en Alemania fué verdaderamente indescriptible. Y no porque resultase insólito el elevado galardón, ya que el antiguo Imperio ha sido la nación que más veces lo ha obtenido—tantas como años cuenta de existencia la Institución Nobel—, sino porque, en la honra otorgada a un poeta tan entrañablemente identificado con el espíritu de su pueblo, sintió éste la glorificación de su propio genio, del genio de la raza. Así sienten los pueblos con conciencia de su personalidad y de la participación fecunda que tiene en el pensamiento del mundo su propio pensamiento.

Por tercera vez recae en un español el honor altísimo del Premio Nobel. Después de Echegaray y de Ramón y Cajal, lo obtiene ahora Jacinto Benavente. En esta ocasión el premio ha tenido mayor importancia que en las anteriores, pues si Echegaray y Ramón y Cajal lo obtuvieron a medias, el primero con Mistral, el poeta de la Provenza, y nuestro sabio excelso en compañía del célebre histólogo italiano Golgi, Jacinto Benavente, nuestro dramaturgo sin par en la escena contemporánea, lo ha obtenido íntegro, para él solo—esto es, todo él para España—. Y esta consagración de la Academia sueca reviste tanta más importancia cuanto que, al verificarse, ya toda la obra dramática de Benavente, traducida a todos los idiomas cultos del mundo, había adquirido la categoría de valor universal, reservada sólo a la obra de los genios.

Mucho bien merece de España, por su triunfo, que para ella lo ganó, Jacinto Benavente, el maestro insigne. Pero hay más: cuando el Premio Nobel le fué concedido, nuestro gran poeta, al frente de la farándula española, portadora del inmenso tesoro de arte que él supo labrar con su genio, recorría las tierras de América, haciéndolas vibrar de nuevo, al cabo de los siglos, y con sentimientos más puros que los de antaño, a la luz esplendorosa de las glorias de España. La presencia de Jacinto Benavente en aquellos pueblos hermanos, precisamente cuando el más alto Tribunal europeo lo elegía y consagraba ante la faz del mundo, señalándole seguros caminos de inmortalidad, ha significado para nuestra patria el mayor de los avances en la reconquista espiritual de los hermosos dominios perdidos otrora más allá del Océano. La gloria de Jacinto Benavente, por ser española, es también ya hispanoamericana.

Mucho bien ha merecido de España nuestro excelso dramaturgo. Si la generación actual, que no parece sino que tiene el espíritu dormido para todo lo bello y grande, no satisface debidamente su deuda, con gran baldón suyo, en el juicio de la posteridad, otras vendrán que cumplirán con ella. Mientras tanto, el poeta, encarnación del espíritu de nuestra raza, que no puede morir, ajeno a injusticias que no pueden alcanzarle, sigue su camino y su obra, fiel a su destino y seguro de su trascendencia inmortal.

LOS LUNES DE EL IMPARCIAL, en cuyas columnas dejara el maestro glorioso tantas pruebas de su peregrino ingenio, honrado hoy, una vez más, con la merced de un trabajo inédito suyo, al rendirle el homenaje de su más acendrada gratitud y admiración por los triunfos que ha logrado conquistar en gloria de España, hace votos por que su obra, tan fecunda, siga dando los espléndidos frutos que han sido hasta aquí la maravilla del mundo.



IMPRESIONES DE  
UN CAMINANTE

## EL PRETORIO DE FLORENCIA

ANTES de emprender mi viaje a Italia navegaba en la imaginación, como un campesino en su mundo familiar, el cortijo del Poggio Petrucci, o del Podestà, o más vulgarmente Bargello, por su denominación política en los últimos tiempos de la independencia toscana. Veía el delicioso patio, con sus arcadas y galerías, con sus ventanales, en que el sol toscano muestra toda su lozanía, riego del arte romano y del gótico, o más propiamente conservación juvenil del renacimiento a través del gótico; pero trasladado en la nueva pagania triunfal del renacimiento, y a la Scala gentilina con sus muros cubiertos de escudos, con su pórtico superior, que parece coronar al visitante a modo de pórtico neoclásico. Una suave polidromía alegra los ojos y conforta el ánimo, y a través la fresca sombra difunde en el espacio una dulce conformidad con la vida. Ese panteón es un relicario, el tesoro de la vida señorial de Florencia, la imagen heráldica de la ciudad italiana, una vez más: el patio del Bargello es una flor; mas que un cáliz de oro, es una corola de rosa.

El Palacio del Podestà es hoy Museo Nacional. Las armerías, los bronceos decorativos, las medallas, los naipes, conservan la dignidad antigua del Palacio, o más propiamente, del Castillo. Ese Pretorio maestro, en arquetipo, la Florencia medieval, no invadida todavía por la suntuosidad palaciega, por la ostentosa decoración. Es una Florencia sobre la cual no habían pasado todavía los Médici, una Florencia de luchas entre señores y pueblo, desbordante sobre las repúblicas vecinas hasta conseguir su acceso al mar, siguiendo el curso del Arno patriarcal. Es el Castillo, núcleo de ciudad, signo de la Edad Media; el burgo en torno al cual se agrupa la población, más sumisa y temerosa que protegida y fiel; el Castillo, transformación bárbara de la Acrópolis, un poco a la manera de la Alcazaba oriental. Después de la era del Castillo, la seguridad de los poderes y la fusión cortesana con el pueblo darán origen al Palacio, nueva forma del Palacio clásico.

El Pretorio, como el Palacio Viejo, que nos da todavía con mayor rudeza la sugestión de castillo, son el primer término de una gradación histórica que se continúa a través de los Uffizi hasta llegar a las salas pomposas del Palacio Pitti, cuya fachada exterior conserva, a pesar de todo, cierta austeridad hosca y desconfiada. El Pretorio y el Palacio Viejo nos sugieren el Capitolio, como los Oficios y el Pitti con sus jardines nos sugieren el Palatino. Y si comparamos la riqueza interior de ese Palacio del Podestà con la de los Oficios y el Pitti, recordaremos los Aposentos de los Borgheses, en el Vaticano, por comparación con las Estancias y las Logias.

Tres nombres dominan en el Museo del Pretorio florentino (aparte algún Benvenuto y algunas obras juveniles de Miguel Ángel, por ejemplo una estatua significativamente ambigua entre Apolo y David). Esos tres nombres son los Della Robbia, Donatello y Juan Bolonia. Dejo aparte la sugestión arqueológica de los bajorrelieves en terracota esmaltada de Luca della Robbia y sus parientes Andrés y Juan. El mayor interés de esas obras, para mí, está en la alianza sutil del arte suntuario con la pura imaginaria religiosa. Las advocaciones divinas adquirieron así mayor intimi-

dad familiar; desde el templo y la capilla parecieron extenderse a la convivencia doméstica con los fieles, a la cabecera de los lechos, sagrario de la casa. Las santas imágenes, los pasos de la tragedia sacra, las Virgenes maternales, de mirada desbordante en inefable ternura, fueron, a su modo, lares; presidieron la flama simbólica del hogar, como nuevas encarnaciones de Vesta, con el trémulo reflejo de las antiguas piras sacrificiales. Intermediario entre la rigidez teológica del icono, que no acepta mas que dos dimensiones, y la escultura católica, el bajorrelieve en la iconografía cristiana es una dulce transacción con la grandeza monumental neopagánica. La policromía de esas terracotas, su frecuente unión de azul con blanco, tan cara al simbolismo virginal de Maria, iniciaron una tierna tradición devota; de las imágenes se pasó a los menudos objetos del culto familiar, dulces amuletos protectores, como los idólos que ocultó Raquel a su padre Labán al salir de Mesopotamia. Desde el gran retablo del altar presbiterial a la pila de agua bendita de la alcoba, la escala de valores no se interrumpe; la liturgia colectiva, suntuosa como una danza de coro trágico, se torna espontáneo rito familiar, diálogo secreto con las divinidades guardianas, que rondan el sueño de sus afiliados. El barroquismo recogerá esa tradición artística como una fecunda inspiración para su arte, recargado y preciosista, intrusión de orfebrería, aplicación violenta del modelado minúsculo de la joya a los grandes vetos arquitectónicos. Así la primitiva candidez de esos toscanos, capaces toda-

vía de contemplación pura, se tornará serpenteo flameante de columna salomónica en contubernio con la cornucopia pagana y el falso naturalismo *rococo*.

Saludemos aquí, como en su templo, a Donatello. La escultura cristiana tuvo en él su apogeo, su último flamear de fuego y luz, antes que la venciese el retorno pagano, bajo las formas mosaicas. Nadie como Donatello puede representar a nuestros ojos el siglo XV, como pórtico auroral de otra edad. Detengámonos una vez más ante la figura de su San Jorge, ya que en este palacio está el original, desprendido de su antigua destinación en el Or San Michele, donde queda hoy una copia. Este San Jorge es, verdaderamente, el caballero de antigua gesta medieval, bello como un Paolo, que confía en la invisible ayuda divina, más que en su brazo o en su astucia, para vencer al Dragón simbólico. Recordemos su contrafigura pagánica, Perseo. Ninguna musculatura de atleta en el santo caballeresco; su actitud es de contemplación; no hay sed de sangre en él, para los honores triunfales; sino apoyo en legiones angélicas, en el arcángel de su Oratorio, Miguel, vencedor del Monstruo supremo. No está junto a él, invisible, el aligero Pegaso, sino la eficacia espiritual de la fe. Su torso juvenil es un peciolo de flor; pero ahí está, cerca de él, otra juventud llena de sentido de sacrificio, presciente de su martirio: Juan Bautista. — Junto a ellos el bronce de David, singular concepción del triunfador mozo, cubierta la cabeza por un capote, en una plácida armonía de naturalidad y victoria. — No lejos

de él, un Genio apiasta serpientes como un Hercules cristiano, animado de simbolismo celeste. — Mas allá todavía, otra alegoría de la Primavera, en una patera, como si las mismas visiones míticas se impusieran a los diversos artífices florentinos, uniéndolos a manera de estrofas o rapsodias de una sola epopeya nacional. — Ahí están, finalmente, las obras menores de Donatello, menores en la intención, aunque no en la ejecución: el busto, viviente, de Nicolás de Uzzano; el León Marzocco, cuya copia hemos visto en la Plaza de la Señoría; bestia heráldica, que (no sé por qué razones) me da una sugestión pre-veneciana, la sugestión del alegorismo evangélico de San Marcos, más que una sugestión de majestad principesca, enfáticamente exhibida. — Otro ejemplar de escultura animal donatellesca: un pavo en bronce, de maravilloso realismo, digno de convertirlo en ave capitolina, hija de la leyenda. — Y la reproducción en yeso de la estatua ecuestre del *condottiero* Gattamelata, erigida en Padua, levanta su mole presidiendo la sala de Donatello. La exuberancia monumental del caballo prevelazqueño, señala en Donatello una voluntad de adaptarse a la creciente invasión de la fuerza romana sobre la gracia toscana. No era lo mismo enfrentarse con la gloria humana de un caudillo que con el alegorismo tradicional, con la idea pura que se vale del artista para revelarse a los hombres: la juventud; el triunfo de la virtud y de la gracia; la divina visión ultraterrena; la persistencia de la patria.

Pero, acaso ninguna figura «animada» con más personalidad ese Pretorio florentino que el Mercurio de *Giar Bologna*. Llegó uno a pensar que el Palacio fué erigido para cohibir esa advocación; para encarnar la personalidad comercial de la república toscana; la sutil transformación que la convirtió en emporio de arte puro desde sus orígenes en el otro emporio, en el mercado burgués y el taller de los operarios fundadores.

La vulgarización de esa figura ha llegado a convertirla en imagen arquetípica de Mercurio, aunque diste mucho de los Hermes griegos. Como valor alegórico, diríase que es la forma viva de la agilidad. Su precedente visible es el Perseo de Benvenuto; pero los tiempos han evolucionado; la fuerza romana, consciente de su capacidad de vuelo, se ha tornado frívola ligereza ornamental. La viril juventud alada se ha vuelto belleza de efébo, turbaderamente femenina. El reposo, la sugestión de la capacidad de movimiento, ha pasado a ser plasmación del movimiento mismo, como en todas las decadencias.

Apoyado en la punta de su pie izquierdo, vuela Mercurio. Su mano zurda sostiene el caduceo, y su diestra levanta el índice para aguzar mejor el diseño del ímpetu de todo el cuerpo, desde la punta del pie derecho, tendida hacia atrás, en gesto doble de galope y vuelo. La actitud de la mano derecha es una apelación de *Excelsior*, y recuerda el gesto de Baco y de Juan Baustista en los Vinci del Louvre. — Canta Mercurio su propio vuelo triunfal; canta el del artista, su creador, que ha resuelto briosamente un arduo problema de equilibrio; canta la gloria de Florencia sobreviviente en su pedestal sutilísimo, a través de los tiempos, con la agilidad pagana de Hermes, con la agilidad medieval del estilo boccaciano, con la agilidad renacentista de la argucia maquiavélica.

## LOS VIAJES DEL ENSUEÑO

Como locos navíos por el espejo claro,  
donde en las noches limpias las estrellas se encienden,  
tu palabra por guía y tus ojos por faro,  
viajes maravillosos mis ensueños emprenden.

Cruzan por rutas de oro a horizontes ideales,  
donde mora el encanto vivo de tu hermosura,  
y bajo un resplandor de auroras boreales  
se hace luz la fragancia de tu carnal blancura.

Nada por el nocturno—en la apacible calma  
del océano lunar que flota en el espacio—  
en busca de la tuya, desconocida, mi alma,  
recorriendo las grutas del celeste palacio.

Y mi cuerpo en la orilla, como una antena erguido,  
recibe las señales de los sueños viajeros,  
y aguarda, emocionado, los barcos que han partido  
del puerto de su frente—¡misteriosos veleros!

Entre ígneos archipiélagos, mi corazón lunar  
se columpia encantado con un dulce vaivén,  
y humea en él la ilusión como en un incensario  
que cerniera su aroma sobre su propio edén.

Y me acompaña el himno mecedor de las olas,  
y el canto de las blancas Nereidas, tus hermanas,  
arrulla mis oídos con suaves barcarolas.  
¡Oh, sus voces divinas, tan bellamente humanas!

¡Mar, que a mis sueños tiendes ideales caminos,  
a tu fondo confío mi más puro secreto;  
ocúltalo entre tus tesoros submarinos:  
que él es de mi fortuna el único amuleto!

Eliodoro PUCHE

Gabriel ALOMAR



## NUÉVAS INVESTIGACIONES LITERARIAS

## EL HERMANO DE QUEVEDO

PARA muchos lectores el nombre de Pedro Gómez de Quevedo, hermano mayor del gran don Francisco, será una revelación. Ninguno de los biógrafos del príncipe de la poligrafía, desde el abad don Pablo Antonio de Tarsia hasta don Aureliano Fernández Guerra, tuvo la menor noticia de él. Los curiosísimos apuntes del infatigable Pérez Pastor, tomados en el Archivo de Protocolos—donde se guardan importantes datos inéditos para la historia de nuestras letras—nos mostraron los primeros indicios de la existencia de este mancebo o, más bien, niño, segado en plena puericia, a semejanza de su hermana menor, arrebatada a los diez y ocho años de edad.

Los biógrafos y comentaristas del *satirico* adelantaron un año la fecha del casamiento de sus padres, que no se verificó en 1579, sino a fines de 1578, pocos meses después de la llegada de Pedro Gómez de Quevedo, de Alemania, donde había sido secretario de la emperatriz María, esposa de Maximiliano. El padre de Quevedo, recomendado por dicha emperatriz a Felipe II, su yerno, en carta remitida de Praga a 29 de agosto de 1578, entró en Madrid al servicio de su majestad, como escribano de cámara de sus altezas.

Pedro, el primogénito, que se llamaba como su padre, vino al mundo justamente un año antes que el autor de *La hora de todos*.

En el transcurso de ocho años, Pedro Gómez de Quevedo conoce cuatro hijos: dos varones y otras tantas hembras. A su fallecimiento deja embarazada de una tercera niña a su mujer, doña María de Santibáñez, que para sostener el rango de su alta posición entra en la servidumbre de la infanta Isabel Clara Eugenia.

No es cierto, como asevera el mejor de los ancladores de don Francisco, que «con su orfandad adelantada careció de padres»; que su madre no pudo velar su infancia ni encaminar su juventud, y que por ello «infectaron el corazón del mancebo corrompidas mujeres». De documentos indubitables, tales como los conciertos y tratados con el convento de Carmelitas Descalzas de Santa Ana de la corte, donde profesa su hija Felipa, consta que doña María de Santibáñez vivía en 13 de mayo de 1599; que en este mismo año regaló una lámpara a Nuestra Señora de Atocha, en la capilla Real de su majestad, en el convento de la Orden de Predicadores de la villa de Madrid, según consta en la *Historia de la Santísima Imagen de Nuestra Señora de Atocha*, por fray Juan de Marieta (Madrid, Juan de la Cuesta, 1604); y, en fin, que es probable que en 1601 acompañara a la corte cuando se trasladó a Valladolid. Unicamente se la da por difunta en 1605. En cualquiera de los casos, don Francisco tenía, por lo menos, veinte años al fallecer su madre.

Otro yerro más de la biografía del incommensurable polígrafo lo cometió Menéndez Pelayo, al sostener que no pudo Quevedo estudiar la sagrada facultad de Teología en Valladolid, porque en aquella Universidad no se cursaba. Mas no sólo se cursaba desde hacía tiempo, sino que don Francisco la estudió y aprobó; y aun picado después de vocación religiosa—si acaso no fué treta para gozar beneficios eclesiásticos—tomó órdenes menores, pues como clérigo de tales aparece en una carta de pago que extiende en 21 de agosto de 1621, sin contar con sus propias palabras de 4 de mayo de 1628, en el opúsculo *La espada por Santiago*, donde dice al rey: «Ante vues-

tra majestad protesto como vasallo y como caballero y como clérigo...» Pero ¿qué más? Años antes, en su gracioso *Memorial* pidiendo plaza en una Academia—posiblemente la «Selvaje» (1613 ?)—, confiesa ser «ordenado de corona, pero no de vida», aparte el breve pontificio de Urbano VIII, fecha 3 de diciembre de 1625, en que se le llama *clérigo toledano*.

Pero volvamos al hermano del poeta, objeto de las presentes líneas. Se habla de él por vez primera en el testamento de su padre, otorgado en Madrid a 27 de noviembre de 1586. En él lega, por vía de mejora, de tercio y quinto, a su hijo mayor, Pedro de Quevedo, una casa alta y baja—asi reza textualmente—que tiene

Así consta en el manuscrito de la Biblioteca Nacional, núm. 276.

Este romance, en que el autor responde a la socafla de unas pelonas, dijérase obra de burlas que no respondía a la realidad. El solar de Quevedo, en efecto, no fué jamás abandonado por el tío de don Francisco, Juan Gómez de Quevedo, hidalgo notorio de aquel valle, en posesión de cuantiosa fortuna. En una información de nobleza practicada en 1703 y 1704, o sea cincuenta y nueve años después de la muerte de nuestro escritor, se dice de su tío que, entre los muchos donativos que continuamente hacía a la parroquia de Santo Tomás de Bejorís, figuraba «grandísima cantidad de



en la Montaña, con su solar, alrededor, de prados y tierras y frutales de todas frutas, y heredades y viñas, todo lo cual se ha de perpetuar—añade—disfrutándolo un solo poseedor.

Esta casa y solar de Quevedo radicaba en Cereceda, entre los lugares de Bejorís y Bárcena, en el valle de Toranzo. Hoy no quedan señales de población ni edificios en Cereceda. A distancia, algún caserío de pastos y un robledal. Los biógrafos señalan que cuando (muerto ya el hermano de Quevedo) don Francisco heredó la casa infanzona, apenas halló de ella sino las paredes y que por eso exclamó en aquel conocido romance de «A buen puerto habéis llegado»:

Es mi casa solariega  
más solariega que otras,  
pues por no tener tejado,  
le da el sol a todas horas.

plata labrada, de supremo valor y precio, y que se hallaba satisfecho y pagado con ver su nombre y armas en los recamos de los ornamentos suntuosos y en la multitud de vasos sagrados, relicarios, lámparas, cruces, vestimentas y casullas. Todos los testigos de la información concuerdan en que la casa infanzona está «en la eminencia del barrio de Zerzedá con sus escudos de armas».

A 9 de diciembre de 1586 es nombrada doña María de Santibáñez, que acababa de enviudar, tutora de Pedro Gómez de Quevedo, junto con los restantes hermanos, Francisco, Felipa, Margarita y el póstumo.

Dos años después, en 28 de abril de 1588, doña Catalina Laso funda un censo en favor de Pedro de Quevedo, ante Gaspar Testa. Este censo es importantísimo. Cuando en 1611, falleció el niño Pedro, y acenjojado don Francisco por

la muerte que en 31 de marzo había dado a un caballero de porte en el atrio de la iglesia de San Martín, se ve obligado a arreglar apresuradamente su situación para huir a Italia, burlando la persecución de la justicia, extendiendo una carta de pago, redención de 1.321.920 maravedises que le fueron adjudicados en la partición de los bienes de sus padres difuntos, y que son de los 2.743.840 maravedises de principal de dicho censo a 16 el millar, que la referida doña Catalina fundó a favor del expresado Pedro, suma, como se ve, de bastante monta. La carta de pago lleva la data de 11 de abril de 1611.

A 1 de enero de 1590 el rey extiende privilegio a favor de los hijos de doña María de Santibáñez, en cabeza de Pedro Gómez de Quevedo, de cuarenta y cinco mil maravedises de juro y renta anual sobre las alcabalas de la ciudad de Sevilla, que en 12 de febrero de 1591 se encarga de cobrar un tal Lope de Tapla.

A partir de esta fecha piérdese el rastro de Pedro. Parece haber fallecido en 1593. En 15 de julio de 1596, en un poder de doña María de Santibáñez, como tutora de sus hijos, no se le nombra ya, y cubre el primer puesto nuestro gran escritor, que en 20 de octubre pasa a estudiar Artes a la Universidad de Alcalá, matriculándose de *Lógica parva* o *Súmulas*. Para matricularse de sumulista había de exhibirse cédula de examen en Gramática, firmada por los catedráticos de Retórica y Griego.

El sitio donde cursaran sus estudios elementales, así don Francisco como su hermano, es cosa por averiguar. Los señores Hurtado y González Palencia, en su magnífica *Historia de la Literatura Española*, escriben que Quevedo estudió primeras letras en el Colegio de los Jesuitas de Madrid, tal vez deducido del afecto que muestra en sus obras por la Compañía. Yo lo tengo por posible, mas no he logrado comprobarlo.

¿No podría ser que uno y otro joven (o don Francisco solo) estudiaran en Segovia en algún colegio particular? Dan pie a opinarlo las primeras páginas del *Buscón*, la pintura del lugar, las alusiones a las personas, el estupendo relato del pupifero, etc. Pablos y su amo pasan desde Segovia a estudiar a Alcalá. Y en la novela hay mucho autobiográfico que no olvidaron los autores del *Tribunal de la justa venganza* para acusar a Quevedo. Digo esto haciendo la advertencia de que todas las cartas de Adán de la Parra son indiscutiblemente espurias.

En el año de 1590 doña Margarita de Santibáñez, como tutora de don Francisco, extiende una carta de pago en favor del obispo de Segovia por 24.187 maravedises «que dicho su hijo hubo de haber de la paga de San Juan de este año, de los 150 ducados de pensión que sobre dicho obispado tiene en cada un año por bulas de SS., y quitado el subsidio y exusado monta tal cantidad». En el de 1591 da poder a Diego López Losa para cobrar del referido obispo 150 ducados de dos pagas de la mencionada pensión. Los documentos llevan fecha de 10 de octubre y 20 de mayo, respectivamente.

Del carácter del hermano de Quevedo, de las buenas prendas del niño, si las tuvo, o de otros pormenores nada se ha hallado hasta ahora, ni será posible encontrar, dado su breve paso por la tierra.

Luis ASTRANA MARIN



# UN DRAMA EN EL DESIERTO

CUENTO PARA NIÑOS POR MAGDA DONATO

Por aquel entonces, en el reino del desierto era soberano de los animales un tal Leopardo IV, rey bueno y justo, pero viejo y achacoso.

Tan viejo y achacoso, que un buen día estiró la pata y sus súbditos decidieron buscar un sucesor.

Para esta ceremonia política acudieron animales de todas las partes del mundo, y durante los días que precedieron a las elecciones el desierto se vió concurridísimo.

Llegó el gran día de la votación; ante la magna asamblea, los candidatos fueron desfilando y haciendo méritos para demostrar al respetable tribunal sus condiciones excepcionales para el oficio de rey.

Entre los candidatos, uno de los que más llamaron la atención fué el señor Mono, un joven algo petulante que en su discurso electoral proclamó la agilidad como la virtud más regia que existe. Y para probar que él la poseía en grado máximo, se subió, en un santiamén, a la palmera más alta de un oasis cercano, y desde allí empezó a arrojar dátiles a los asistentes. Pero, ¡ay!, un dátil le dió en un ojo a la señora Hiena, que se puso hecha una fiera, y en medio de la indignación general el señor Mono fué rechazado.

La aparición del señor Tigre fué bien acogida, y el brillo metálico de sus ojos verdes y la agudeza de sus colmillos causaron una impresión sumamente favorable. Basó su discurso en la conveniencia para un pueblo de ser regentado por un soberano dotado de un apetito sólido y de un estómago de gran capacidad; acto seguido colocó ante él unos cuantos carneros y terneras, se puso a devorarlos y a los dos minutos todo había desaparecido. El resultado fué contraproducente, pues los espectadores pensaron que si a semejante glotón elegían rey dejaría a sus súbditos morir de hambre; le rechazaron por unanimidad.

La corpulencia del señor Elefante impuso respeto y admiración generales; pero el pobre era tan bruto como grande, y no se le ocurrió nada mejor, para ganar su causa, que alargar la trompa y arrojar sobre el público un chorro de agua; esta ducha improvisada no fué del agrado de nadie; las señoras se quejaron ásperamente de que les había deteriorado sus pieles de gala, y el señor Elefante hubo de retirarse confuso y derrotado.

Entonces se presentó el señor León: estaba tan imponente y era tan magnífica su admirable guedeja, que todo el mundo se puso en seguida de acuerdo para convenir en que aquél era el verdadero rey del desierto; y cuando el buen señor, empeñado en colocar el discursito electoral que traía embotellado, lanzó su primer rugido, se hizo tan evidente que nadie poseería tan hermosa voz de mando, que fué interrumpido por una salva de aplausos atronadores y elegido entre las aclamaciones de la multitud.

A todo esto no vayáis a creer que por ser rey el señor León tenía ya resuelto el problema de la existencia y que a la hora de las comidas unos cuantos criados le presentaban en una fuente de pla-

ta media docena de exploradores asados.

Nada de eso; ni siquiera se mudó a un suntuoso palacio, sino que siguió viviendo en su caverna—en el desierto el problema de la vivienda es aún más difícil que aquí—, y siguió saliendo todas las mañanas en busca de lo que cayera a pata para alimentarse durante el día y alimentar a su esposa, la bella y distinguida señora Leona, y a sus herederos los encantadores leoncitos.

Un día que iba por el desierto en busca de una presa, oyó el soberano una voccecita, casi imperceptible, que decía:

—¡Por Dios, señor, no me espachuréis!

Miró a sus patas y vió una hormiga, a la que se disponía a pisar sin querer; el león, a pesar de tener un genio algo fuerte, es, en el fondo, un buenazo de

Pero el Tigre, feroz y despiadado, exigía la muerte. «Luego—decía—me lo comeré, y con lo gordo que se está poniendo, ¡menudo festín!» Y el malvado glotón se relamía de gusto ante tan criminal perspectiva.

El Mono halló el medio de conciliarlo todo.

—Lo mejor—declaró—es empezar por lo mío, y para ponerle en ridículo nada mejor que esquilarlo, ya que tanto se enorgullece de su guedeja. Cuando nuestros compatriotas le vean mondo y lirondo y, por lo tanto, desprovisto de prestigio, le destronarán, dando así satisfacción al compañero Elefante, y una vez que haya vuelto a ser un don Juan particular, le mataremos impunemente para que lo devore el compañero Tigre y se dé así el codiciado festín.

como no quieras que se me acabe la paciencia.

La hormiguita huyó volando; pero el león había de aprender, a expensas suyas, que no se debían despreciar los avisos de ningún amigo, por insignificante que pueda parecer y por muy alto que se halle uno colocado; esta enseñanza provechosa que yo os doy así, como si nada, el orgulloso monarca había de pagarla, si no con la vida, con la libertad, que no vale menos.

Para llevar a cabo su infame proyecto, los conspiradores tuvieron la ocurrencia de cavar, durante la noche, una honda fosa cerca de la regia caverna; después de disimular la trampa con ramas y arena, colocaron junto a ella una ovejita atada a una estaca.

Cuando, al amanecer, la reina Leona oyó balar a la oveja, despertó a su marido, cosquilleándole las narices con la cola, y le dijo:

—Anda, rico, ve a apoderarte de esa oveja que estoy oyendo y tráetela para el desayuno de los chicos; estará riquísima con el chocolate.

El León, esposo obediente y amable, se apresuró a ponerse su «pijama» y salió en busca de la oveja, la cual, al verle llegar, empezó a lanzar balidos lastimeros, intentando en vano huir de aquel terrible peligro.

Pero en el momento en que el soberano iba a apoderarse de su presa, ¡patatrás!, cayó en la trampa, mientras los señores Mono, Tigre y Elefante salían del oasis donde estaban escondidos, retorciéndose de risa y bailando un «chimmy» para celebrar el éxito de la primera parte de su plan.

Poco les duró la alegría; no tuvieron tiempo de apoderarse del pobre monarca para esquilárselo, pues en aquel instante, ¡pum!, ¡patapúm!, sonaron unos disparos y los tres cayeron muertos.

Era un explorador que precisamente pasaba por allí y aprovechaba la ocasión de hacer una caza espléndida, matando de un tiro tres pájaros... de cuenta.

Así, su maldad vengativa y cruel costó la vida a los tres granujas; el león, como solamente era culpable de ingratitud y soberbia, tuvo un castigo menos terrible, aunque ejemplar.

El explorador se apoderó del soberano, que gemía en el fondo de la fosa con una pata rota.

Luego se lo trajo a España y lo regaló a la Casa de Fieras de Madrid; aún hoy le podemos ver detrás de los barrotes de su jaula. Como habréis podido comprobar, el pobre, humillado y desesperado por su triste aventura, tiene una cara de pena, aburrimento y resignación que parte el alma, y de su antigua prestancia de rey del desierto bien poco le queda ya.

Entretanto, la hormiguita sigue disfrutando de una dicha tranquila, porque su rango no es elevado ni su aspecto imponente, goza el privilegio de que nadie la envidia ni la odia, que es—por lo menos en el desierto—el mejor modo de ser feliz.

Magda DONATO

Dibujo de BARTOLOZZI.



primera; además, ¿qué interés podía tener él en matar a una hormiga? ¡Todavía si hubiese sido un carnero! Indiferente y altivo, se apartó, sin escuchar siquiera las frases de agradecimiento de la hormiguita.

Y he aquí que, pocos días después, la hormiga se hallaba asomada a su ventana, cuando vió llegar a tres señores que se acomodaron debajo de una palmera y empezaron a hablar con un tono tan sospechoso, que la hormiguita, algo curiosa de por sí, se acercó a escuchar.

Aquellos tres señores—o animales, lo mismo da—eran el Mono, el Tigre y el Elefante, que tramaban un complot contra S. M. el León.

El señor Elefante, demasiado tonto para ser malo—esto no quiere decir que todos los tontos sean buenos, ni listos todos los granujas—, no deseaba más que destronar al rey, con lo cual quedaba su venganza satisfecha.

El Mono, siempre malicioso, quería poner al soberano en ridículo ante el pueblo entero, empeñado en que aquello era lo que más había de escocerle.

Aprobado este plan maquiavélico, los tres conspiradores se separaron, sin advertir que la hormiguita, ora oculta entre el pelo del mono, ora refugiada entre las pestañas del tigre, ora encaramada en la punta de la trompa del elefante, lo había oído todo.

La pobre estaba aterrada, y de haber tenido pelo, no cabe duda que se le hubiera puesto de punta. En seguida resolvió pagarle al monarca su deuda de gratitud porque le había perdonado la vida, que ella estimaba en mucho porque era suya y no tenía otra.

Corre que te corre, llegó a la regia caverna.

—Señor—dijo—, vengo a salvaros la vida como a mí me la salvasteis.

En lugar de escuchar atentamente a la hormiguita y darle las gracias, el soberano la interrumpió con un rugido espantoso:

—¡Miser insecto!—rugió—, ¿quién te da la osadía de dirigirme la palabra y suponer que pudieras favorecerme, tú que no llegas ni a la altura de la uña de mi dedo meñique? Llévate de aquí,



# La primera inquietud de don Apolonio

NOVELA CORTA ORIGINAL DE CESAR FALCON

I

Don Apolonio, sorprendido por la pregunta de su mujer, no sabe cómo responderle. Hace veinticinco años, todas las mañanas toma el desayuno a la misma hora y en la misma mesa. Por qué le pregunta ahora doña Genoveva si quiere tomarlo? El no lo comprende. Sin embargo, le responde con un movimiento de cabeza.

Pero doña Genoveva esperaba, sin duda, que esta mañana su marido no quisiera desayuno. Porque se ha quedado perplejo. Un momento antes, mientras se afeitaba, don Apolonio ha sentido, como todos los días, el trajín de ella en el comedor. Mas doña Genoveva permanece ante él sin decirle nada, prestando y torciendo nerviosamente una punta del dental. La indecisión de su mujer le obliga a retardar unos minutos la hora del desayuno. Le da muchas vueltas al chaquet, cepillándolo y fingiendo que descubre nuevas manchitas en los bordes de las solapas. Pero, al fin, tiene que ponerse. Entonces, doña Genoveva, como si la amenazaran con un látigo, sale precipitadamente de la alcoba.

A pesar de esto, a don Apolonio no le preocupa el caso. Sentado a la mesa, con el periódico erguido ante él como un biombo, espera tranquilamente, leyendo los titulares. Doña Genoveva reaparece a poco y le pone bajo las barbas una taza humeante. Los dos miranse un instante, indecisos. Don Apolonio quiere preguntar algo. Pero doña Genoveva anticipa la respuesta: —Hoy no ha venido el panadero... No hay pan en ninguna parte...

Esta noticia hace exclamar a don Apolonio:

—Los panaderos abusan demasiado...

Después, sorbo a sorbo, toma íntegra la abundante porción de café. Cada uno de sus sorbos va quitando una piedrecita de la conciencia de doña Genoveva.

II

Sobre la mesa del despacho, dominando los papeles dispersos, la cabeza de don Apolonio pende como una lámpara. Tan atento está a los renglones de un expediente, que no advierte la presencia del oficial.

Un rato después, mientras vuelve una página, don Apolonio levanta las pupilas para mirarle por encima de las gafas.

—¿Qué tal, pollo?

El oficial, impasible, continúa retorciéndose voluptuosamente las puntas del mostacho.

—Ya ve usted... Anoche no han trabajado los panaderos... Yo he tomado hoy el desayuno con galletas... ¿Le gustan a usted las galletas?

—¿Las galletas?

Como don Apolonio no tiene opinión ninguna de las galletas, limitase a mirar interrogativamente al oficial. Pero

éste, sin hacer caso de su mirada, sigue hablando y paseándose.

—Yo las detesto. Están muy bien para las niñas cursis. Los hombres necesitamos comer pan. Yo estoy ahora como si no hubiera tomado desayuno... Es estúpido que los panaderos hagan huelga... Pase que la hagan los metalúrgicos. Nosotros no comemos hierro. Pero los panaderos no tienen derecho... Yo he avisado ya para que me traigan pan del pueblo...

Don Apolonio comprende la listeza del oficial. El también podía pedir pan del pueblo. Pero en este momento se da cuenta de que no conoce a nadie que pueda traérselo. Esto le preocupa un instante. Al oficial parece no importarle

cos, su vaso de cerveza.—Los días dorados toma cerveza; los turbios, café.—No se le alcanza por qué don Servando repite con tanta frecuencia una frase tan pesimista. Desde su ingreso en Hacienda, veintiocho años atrás, todos los días, los últimos de mes en particular, recibe, por el contrario, una fuerte sensación de la estabilidad del país. Lo que él piensa, mientras don Servando profiere su frase, es que todo lo estable se apoya en Hacienda. Tal vez don Servando intuye sus pensamientos. Porque súbitamente, incorporando en el diván la masa sólida de su cuerpo, se encara a don Apolonio con el empaque de los hombres habituados a la controversia: —Usted no quiere creerlo... Ya lo sé.

quedamos algunos incapaces de conformarnos. Somos los únicos que podemos hacer algo. ¿No lo crees tú, Teófilo?

Don Teófilo, cejijunto y metido dentro de él mismo, contesta con un gruñido desdeñoso, y como en ese momento el camarero, enarbolando el ramo de tazas y vasos, pasa delante de la mesa, estira el cuello para decirle agriamente:

—Oiga, le he pedido bicarbonato.

La voz de don Servando adquiere entonces un acento enfático:

—¡Faltan hombres!... ¡Nada más que hombres!...

IV

Al salir del café, camino de su casa, don Apolonio oye los gritos de la multitud al otro lado de la manzana, y recuerda, no sabe por qué, su vida moza. En el ambiente hay algo de sus días de estudiante; de esas tardes de otoño en las que, mal avenido al estudio, salía a manifestarse públicamente. Idéntico vocerío, las mismas exclamaciones, y, de rato en rato, como un repique violento, el férreo trote de los caballos. Don Apolonio goza el rumor de la algarada con el regusto de un venticillo fresco. La calle está desierta. El es el único transeúnte. Su figura batracia avanza sosegadamente, derramando su sombra en el reflejo de los faroles. De pronto, aparece en una puerta un hombre en mangas de camisa.

—¿Qué pasa?

Tal vez se lo pregunta a don Apolonio. Pero don Apolonio lo mira sin responderle. El hombre sale entonces hasta el filo de la vereda y husmea en el aire como un sabueso. Después regresa a pararse en el portal. En la acera de enfrente una mujer se asoma a su balcón.

—Sigue el jaleo.

—Esta noche hay hule...

—Los hombres habéis perdido el juicio...

A don Apolonio le parece exagerada la afirmación de la mujer. El no puede creer en nada grave. En su mocedad él también ha gritado en las calles. No obstante, ahora, jefe de Negociado, oye el tumulto desde el otro lado de la manzana.

Abstraído en sus pensamientos, al pasar la bocacalle no puede eludir el choque con dos hombres que corren desesperadamente. Tras éstos, ansiosos de ganar las esquinas, se desbandan otros hombres. Don Apolonio, sacudido por el choque, vacila un instante sobre sus talones. Luego, acomodándose el sombrero, sigue caminando calle arriba sin alterar el ritmo de sus pasos. Pero la expresión despavorida de los fugitivos le sugiere algo que él, de momento, no puede definir.

V

Después de cenar, don Apolonio se ha desabrochado el chaleco, ha extendido el periódico en la mesa y lee atentamente los capítulos de la gran información. A veces levanta la vista para mirar a



la nada las preocupaciones de don Apolonio. Luego de pasearse un rato en silencio, coge sus prendas y va a colgarlas del perchero.

—Bueno—murmura, sentándose ante su mesa—. ¡Cualquier día vuelvo a tomar yo el desayuno con galletas!...

Don Apolonio, resignándose *in mente* a pasárselas sin pan, torna a sumirse en la lectura.

III

Algo insólito hay esta tarde en el café. Las tertulias discuten con un apasionamiento extraordinario y los camareros participan en las discusiones. Don Apolonio, sin embargo, no siente inquietud ninguna, aunque don Servando, para expresar su desilusión y su desprecio, dice una vez más la frase que pronuncia siempre en tono despectivo:

—Este país está perdido.

Don Apolonio le oye, sin interrumpir el ritmo sosegado con que toma, a po-

El Gobierno es el único que no se entera. Pero ya lo verán ustedes... Esto de ahora es una cosa seria...

Tantas veces ha dicho don Servando las mismas palabras, que don Apolonio, acostumbrado a oírlas, devuelve como un eco la respuesta de siempre, trasluciendo en la gravedad plácida del tono el regusto que le causa el que su tertulio le atribuya la personería del Gobierno.

—No pasa nada, don Servando. Hace muchos años que se dice lo mismo...

La contestación de don Apolonio, a pesar de conocerla de antiguo, excita a don Servando como si le dieran papirotazos en las orejas.

—Porque hace muchos años que se acabaron los hombres. Los de mi generación hemos sido los últimos. Recuerde usted cuanto hemos hecho... Y lo que podemos hacer todavía... Con usted, naturalmente, no se puede contar. Usted es de los que se conforman. Pero aún



doña Genoveva, que, con los manos crucadas sobre el pecho, se adormece en una butaca. La señorita Antonieta, escondida en un rincón, medita en cosas vagas, y, a intervalos, deja escapar un suspiro, que sólo ella percibe. Sus dos hermanas, sentadas a los flancos de la madre, hacen crochet, acompañándose con un tarareo muy bajo, casi mental.

A don Apolonio han llegado a preocuparle las noticias de la guerra. Cada vez que termina de leer un párrafo de las informaciones, como para aliviar su conciencia, exclama:

—Es horrible, horrible...

Luego torna a sumirse en la lectura. Las exclamaciones de su marido hacen abrir los ojos a doña Genoveva. Inconscientemente, responde a ellas con un sí inexpressivo. Don Apolonio no la hace caso. Está demasiado embebido en los relatos. Pero la señorita Antonieta palidece, como si recogiera telepáticamente los pensamientos de su padre, y subraya las exclamaciones de don Apolonio con rápidos pestaños.

Don Apolonio abre el periódico, pasa una mirada corrida a los titulares y lo deja a un lado. No le interesan los demás artículos. Su imaginación está henchida de visiones guerreras.

—No se puede hacer otra. La guerra no es una tertulia. Tienen que morir los hombres... Si no muriera nadie, no podría hacerse la guerra... ¡Que no muera nadie!... Sería muy bueno... Pero es imposible... Tampoco se puede pedir que no haya guerra... Todos tenemos la obligación de morir por la patria...

Doña Genoveva escucha a su marido, afirmando sus palabras con leves movimientos de cabeza. Cuando don Apolonio termina, ella permanece un momento mirando la luz de la lámpara. Después, para descargar su mente, dice en voz baja:

—Gracias a Dios, nosotros no tenemos hijos hombres...

Esta congratulación mística hace reflexionar a don Apolonio. También él está tranquilo. La guerra no puede ocasionarle otros dolores que los que le ocasiona a la patria. Pero no se le ocurre una frase igual a la de su mujer. Súbitamente, la señorita Antonieta sale de la habitación sin decir nada. Sólo doña Genoveva ha visto su palidez y el temblor de sus labios.

## VI

La señorita Antonieta va a refugiarse en el silencio de su alcoba. Quiere estar sola, oyéndose a ella misma y enjugándose las lágrimas que ruedan a veces por sus mejillas. Doña Genoveva, aunque no comprende su melancolía, tiene miedo de verla tan preocupada. Esto la impulsa a salir tras ella. La señorita Antonieta está sentada al borde de su cama, el rostro entre las manos, en actitud de estatua de la Preocupación. Una mata de pelo le cubre la cara. Doña Genoveva la contempla desde el umbral, sin atreverse a interrogarla. Al fin, hace un esfuerzo y se acerca a ella.

—¿Qué tienes?

Entonces, la señorita Antonieta, vibrante, sacude violentamente la cabeza.

—Déjame.

Su madre quedase pensativa. Ella, sin hacerla caso, vuelve la mirada, abstraída, hacia un ángulo de la habitación. Cuando doña Genoveva puede decirle algo, la dice una cosa tremenda:

—Ese hombre te va a volver loca...

Al oírla, la señorita Antonieta se pone en pie de un salto y comienza a pasearse nerviosamente de un lado a otro, agitando los brazos y respirando a golpes.

—No, no... No debes decirlo... Tú no

sabes... Di... ¿y si lo han matado? Contesta ahora... ¿Y si lo han matado?... No se puede hablar así de los muertos... Tal vez lo han matado...

Doña Genoveva comprende que ha dicho una brutalidad.

—No puede ser.

—Todo puede ser... Todo puede ser... ¿Qué sabes tú?... ¿Sabes tú algo?... Dime lo que sepas... Tú sabes menos que yo...

Yo tengo el presentimiento... Mi corazón no puede engañarme... Lo mejor es que me dejes... Quiero estar sola... Déjame...

La señorita Antonieta clava su mirada en los ojos de doña Genoveva, que, por librarse de ella, esconde la cabeza en el pecho. Las dos permanecen un rato en silencio. La señorita Antonieta continúa paseándose y mordiéndose el labio inferior. Después, un poco fatigada, vuelve a sentarse al borde de la cama y apoya el mentón en una mano. Doña Genoveva aprovecha el momento para acariciarla en la frente.

—Ten un poquito de paciencia, hija mía...

—... Déjame.

## VII

La señorita Antonieta no ha podido levantarse de la cama. Apenas puede abrir los ojos. No tiene humor para nada. La fiebre ha resecado sus labios; los temblores de la noche y las medicinas han dejado sus carnes blancas como trapos. No quiere sino adormecerse con la cabeza muy hundida en la almohada.

Este desfallecido abandono de la señorita Antonieta preocupa a doña Genoveva, que, de rato en rato, se vuelve a preguntarle:

—¿Cómo sigues, hija?

La señorita Antonieta entreabre los párpados muy blandamente, tuerce los labios, en un rictus de hastío, y mira a su madre con una mirada evanescente.

—¿Estás aquí todavía?

Doña Genoveva sabe que no debe responderla. Continúa a su lado, silenciosa, acariciándole la cabeza con la punta de los dedos. La señorita Antonieta vuelve a cerrar los ojos. Un suave acecido acompaña su desfallecimiento.

Cuando entra don Apolonio, doña Genoveva le hace una seña para que camine más despacio. Don Apolonio avanza hasta ella, caminando como por una cuerda. La enferma no le siente llegar. Por tanto no querer abrir los ojos, se ha quedado dormida. Doña Genoveva contempla, llena de ternura, la mirada que don Apolonio ha posado beatamente en el rostro febril de su hija.

—¿Qué ha dicho el médico?

Para decir esto, don Apolonio ha estirado el cuello hasta el oído de doña Genoveva, quien, no obstante, se limita a tocarse los labios con un dedo para obligarle a callar. Después, apartados en un rincón de la alcoba, le ha referido en voz baja:

—Dice que está muy nerviosa...

La noticia no satisface completamente a don Apolonio. El tiene de los nervios una opinión bastante despectiva. Aunque no lo haya dicho el médico, debe ser otra enfermedad. El lo cree así; pero lo calla discretamente.

—¿Han venido más noticias?

—Ni falta que hacen... Demasiadas hemos tenido ya... ¡Pobre chico!... En fin, él ha terminado... Nuestra pobre Antonieta ahora... ¿Qué será, Dios mío?

Los ojos de doña Genoveva se llenan de lágrimas. Don Apolonio, por no verla, esquivo la mirada. Ninguno de los dos sabe qué decirse.

En esto, entra sigiloso el gato de la señorita Antonieta y araña la colcha de la cama. La señorita Antonieta despierta alucinada, extiende los brazos en el aire y grita palabras sin sentido:

—¡Ven!... ¿Dónde estás? ¡Ven!... ¡Quiero verte!...

Doña Genoveva corre en seguida hacia ella y la estrecha tiernamente en sus brazos. Luego, poco a poco, la señorita Antonieta va acostando otra vez su cabeza, desvanecida.

## VIII

Sobre el silencio profundo de la ciudad flotan los ecos de voces desgarradas. No se puede percibirlos claramente. Vienen de muy lejos, de un punto impreciso. Tras ellos, cortando su resonancia, irrumpe un traqueteo violento como el de un tranvía que cruzara velozmente los cruces de muchos railes. Todo enmudece entonces. El silencio vuelve a difundirse en la extensión urbana. Pero después de un momento tornan los rumores, hasta que el traqueteo los apaga definitivamente. La ciudad sùmese en una calma silenciosa y pavorosa. Las luces de las ventanas van apagándose con cautela, como si las manos que las apagan temieran que las denunciasen. Las calles están oscuras, solas. De rato en rato el traqueteo persiste opacamente en la vastedad del espacio. Tiene un ritmo distintivo, inseguro. Arriba, las estrellas se enredan en las torres de las iglesias. Súbitamente rasgan la noche un grito, un tiro y el trote de un caballo. Algo como un calorío de la ciudad escúrrase por las rendijas.

Doña Genoveva, ovillada entre las sábanas, acerca la cabeza hasta la de su marido para decirle, en voz tan baja que ella misma apenas puede oír:

—Ten cuidado, Apolonio... No te metas en nada...

Una calma densa, henchida de vibraciones sordas y de presagios, envuelve la noche.

## IX

Muy de mañana, don Apolonio contempla la calle a través de los cristales del balcón. La niebla opaca la perspectiva y apenas le permite distinguir las siluetas de los transeúntes. Un grave silencio arroja la mañana. Don Apolonio está sorprendido ante el espectáculo de la soledad urbana. Le parece que se ha paralizado la vida.

Doña Genoveva, que ha entrado varias veces en la alcoba, vuelve a darle una noticia estúpida:

—Todo está cerrado.

Don Apolonio lo ha visto ya desde el balcón; pero no cree que el cierre sea general. Su mujer le da nuevos datos.

—Ahora mismo ha llegado el del segundo. Dice que todas las tiendas y todas las casas están cerradas... Me ha dado miedo verle. Trae la cabeza vendada y la ropa hecha pedazos...

En realidad, a don Apolonio no le preocupan gran cosa el traje y la cabeza del vecino. Su única preocupación es el Ministerio. Sólo por enfermedad ha dejado de ir algunas veces a la oficina. Sabe perfectamente que no hace mucha falta; bien puede tomarse uno o dos días de holganza. Sin embargo, está intranquilo. Cuando doña Genoveva ha terminado de hablar, maquinalmente, con el gesto de todas las mañanas, ha cogido el sombrero y se dispone a salir. Pero su mujer, avisada del peligro, abrazándose a él cariñosamente, le incita a quedarse.

—No salgas hoy—le dice en tono suplicante.

A don Apolonio le halaga la súplica de doña Genoveva. Su alma siente las efusiones de sus años mozos, cuando aún vivía, aunque ilusoriamente, con un poco de heroísmo. El miedo de su mujer se le antoja un homenaje a su temeridad.

—Bueno... No saldré... Nada podía pasarme... Yo sé dominar mis ímpetus y

no exponerme... Pero quiero que esté tranquila...

Es la primera vez que pronuncia una frase tan de militar retirado. La misma doña Genoveva, por más que ella no pueda apreciar el verdadero temple de la frase, se sorprende. Cree que ha enfadado a don Apolonio y procura esclarecer su intención.

—Ya sé que tú no te metes en nada... Pero nadie está libre de la casualidad...

La rectificación, a pesar del buen deseo de doña Genoveva, enturbia el ánimo de don Apolonio.

## X

La señorita Antonieta ha ido aliviándose paulatinamente. Doña Genoveva le ha permitido, al fin, levantarse de la cama. Pero no puede salir de la alcoba. El médico y doña Genoveva temen a los enfriamientos. Lo mejor es evitar las corrientes de aire del pasillo. La señorita Antonieta se resigna, porque no tiene ningún deseo. La fiebre ha dejado una vaga languidez en su mirada.

Atardecido, toda la familia se reúne con ella. Sus dos hermanas cosen al pie de la lámpara y doña Genoveva, sentada a su lado, la mira cariñosamente. Frente a ella, apoyado en el respaldo de una butaca, don Apolonio la dice cosas para distraerla. La imaginación de don Apolonio no es muy ducha en invenciones, pero la señorita Antonieta no se aburre. De cuando en cuando sonríe taciturnamente. El gozo de su sonrisa se refleja en el rostro de doña Genoveva.

—El lunes—dice una de las hermanas—principia la novena...

La señorita Antonieta quisiera ir a la novena. La enfermedad ha hecho brotar en su espíritu una débil inquietud religiosa. Pero doña Genoveva la persuade de que aún no puede salir de casa.

Don Apolonio aprovecha el primer silencio para seguir contando las desgracias de su segundo en la oficina.

—Ahora habrá que verle. Todos estos días ha estado muy satisfecho de recibir pan del pueblo. «Pocos ricos comen hoy el mismo pan que yo»—me decía—. Ahora no puede comer ni galletas... ¡Como no se las traigan en aeroplano del Extranjero!... Lo mejor es acostumbrarse a comer lo que hay, y cuando no hay nada, no comer...

A la señorita Antonieta no le hace mucha gracia estos comentarios, aunque ciertamente no está muy atenta a ellos. Sus pensamientos recorren una vez más las escenas precedentes a la enfermedad. De pronto, el reflejo de la lámpara la hiere en las pupilas y la obliga a cerrar los ojos.

—Me molesta la luz...

Don Apolonio cubre la lámpara con un periódico. Doña Genoveva, acariciando a la señorita Antonieta, se asusta de la frialdad de sus manos.

—Te estás quedando fría, criatura...

Solicita y amorosa, como una niña con su muñeca, la envuelve las piernas en una colcha. Después, la besa cariñosamente en las mejillas.

—¡Pobre mi hijita, tan mona!... Ya no tendrás más frío...

Tanto la besa y la acaricia, que una de las hermanas dice en voz baja:

—Es una pena que no hayan matado a mi novio...

La otra hermana sonríe sin levantar la vista de la costura. Don Apolonio y doña Genoveva hacen como si no hubieran oído. La señorita Antonieta, en cambio, deja escapar un suspiro silencioso y reclina blandamente la cabeza en el respaldo de la poltrona.

## XI

El domingo ha comenzado bullicioso. Las calles están llenas de ruidos,



voces, de estruendos. Un her-  
caudaloso inunda la ciudad.  
una las habitaciones de don  
polonio llegan los ecos del tu-  
pito. Don Apolonio los escucha  
e imposible. Ya le ha tomado el  
sto a la casa. Se siente muy  
en este ambiente manso, en-  
su mujer y sus hijas, que van  
un sitio a otro canturreando  
a concierto.  
Subitamente, irrumpe en su  
propia calle un grupo de hom-  
es que gritan desaforadamen-  
enarbolan una bandera des-  
rada y golpean con piedras  
a los postes del tranvía. Los  
leones y los portales llénanse  
curiosos. Don Apolonio lo ve  
sar desde su balcón; luego,  
ólvese a preguntarle a doña  
noveva:

—¿Está abierto el portal?  
—Sí; está abierto.  
Esto le preocupa a don Apo-  
lo. No comprende por qué no lo  
en cerrado. Sin embargo, pre-  
re callarse.

El grupo pasa rápidamente.  
ero varios chiquillos continúan  
olpeando en los postes. Don  
polonio pasea a lo largo del co-  
ador. De rato en rato mira por  
los cristales. En las casas de en-  
frente los balcones están bien ce-  
rrados. Algunos vecinos observan

la calle, como él, ocultos tras las persia-  
as. El vocerío fluye y refluye en la dis-  
ancia. Los carros cruzan las esquinas  
olando velozmente; los carreros vocí-  
man y estallan sus látigos en el aire.

Don Apolonio está nervioso. Esa alga-  
ra plebeya hace vibrar sus nervios co-  
mo cuerdas de guitarra. Le parece que  
la casa está indefensa. No puede decir  
quién le es preciso defenderse, pero  
siente desamparado.

Un nuevo grupo desemboca, de pron-  
to, en la calle. Grita también y aplaude y  
corea tan enardecido como el otro. Don  
Apolonio revisa los cierres del balcón;  
se asegura más aún. El grupo hace un  
truendo formidable. Cada grito llega  
hasta don Apolonio como una descarga  
eléctrica.

Doña Genoveva viene a decirle que es-  
ta saqueando una tienda. Don Apo-  
lo quédase estupefacto. La tienda no es  
suya. Pero le parece que el saqueo es  
un ataque a él mismo. Sin poder domi-  
narse, va a decirle al portero por la ven-  
ana del patio:

—Vamos, hombre, cierre el portal...  
No sabe lo que está pasando?

El portero le mira sonriente y chismo-  
rea a media voz con varias comadres  
que le rodean.



—¿Tiene usted miedo?

Don Apolonio no le responde. Le pare-  
ce demasiado estúpida la maldad del  
portero. ¿Miedo a qué? No puede expli-  
cárselo. Pero continúa intranquilo.

Un instante después, doña Genoveva se  
le acerca muy preocupada.

—Hoy tenemos que comer bacalao... A  
ti no te gusta... Pero no hay donde com-  
prar otra cosa...

Don Apolonio no la oye. Sus oídos es-  
tán llenos de rumores de la calle. Una  
sola preocupación embarga su mente.  
Doña Genoveva espera que le responda.  
Pero él, disimulándose, la recomienda:

—Mira si han cerrado el portal...

Cuando su mujer le dice que el portal  
está cerrado, una densa satisfacción  
inunda su sér. Los rumores de la calle  
le parecen entonces más lejanos, más  
inocuos.

## XII

Todavía, a la mañana siguiente, don  
Apolonio no ha logrado tranquilizarse.  
Durante toda la noche ha oído desde su  
cama el vocerío difuso en la ciudad. Su  
único deseo, en cuanto la luz del albore-  
cer ha entrado en la alcoba, es ir a la  
oficina. Por primera vez no aguarda el  
desayuno.

En la calle encuentra un ambiente ra-  
ro. Muchas casas, antes abiertas al ama-  
necer, están cerradas. Otras, en cambio,  
han abierto muy temprano; un aire jubi-  
loso bate en sus portales. Las gentes no  
son las de todos los días. Don Apolonio  
ve trazas que no ha visto nunca.

Una portera le dice a otra, gritando:

—¡Al fin se acabó la maldita guerra!...  
Un hijo me cuesta...

La noticia estremece a don Apolonio.  
Hasta ese momento jamás había pensado  
en que la guerra pudiese acabar. Tan-  
poco, es cierto, había deseado que se pro-  
longara. Habíase limitado a no tener opi-  
ni6n ninguna. Por esto, al oír a la por-  
tera, su único gesto es el de acomodarse  
las gafas.

Más tarde, acodado en la mesa escrito-  
rio, llenas las pupilas de inquietud, le  
pide noticias al oficial.

—¿Qué ha pasado?

El oficial estira indolentemente las  
piernas y le mira de soslayo.

—Nada.

Don Apolonio, no obstante el laconismo  
de la respuesta, siente un gran alivio en  
el alma. Vuelve la mirada sobre los pa-  
peles y comienza a repasarlos cachazu-  
damente. Unos cuantos brotes de sudor  
le iluminan la frente, el cogote. Pasado

un momento, interroga de nuevo  
al oficial, que continúa tumbado  
en su silla.

—¿Ha movido usted el expe-  
diente?

El oficial, sin moverse:

—Calle usted, hombre... Cual-  
quiera va ahora con ese encar-  
guito al director. Ya le verá us-  
ted la cara al nuevo ministro...

Luego, como para tragarse to-  
do el aire de la habitación, des-  
dobla un largo bostezo. Don Apo-  
lonio murmura entre dientes:

—Hay que trabajar...

—Sí; ustedes, los titulares... Yo  
quedo excedente... ¡Menudo favor  
me han hecho los pacifistas!...

Estas palabras llenan de con-  
fianza y de sesiego el espíritu de  
don Apolonio.

## XIII

La señorita Antonieta ha vuel-  
to a sentarse a la mesa. Doña  
Genoveva le sirve, acuciosa, el  
trozo de merluza, frito especial-  
mente para ella. Las otras dos  
hermanas la miran, en tanto es-  
peran con los platos vacíos. Don  
Apolonio, en la cabecera pater-  
nal, ingiere, a intervalos, peque-  
ños sorbos de vino.

—Ya podemos comer tranqui-  
los—dice, entre sorbo y sorbo—.

Bastantes molestias nos ha causado la  
guerra. Menos mal que no falta ningun-  
o de nosotros. Otras familias no pue-  
den decir lo mismo.

Nadie percibe el leve suspiro de la se-  
ñorita Antonieta. Pero el instinto indu-  
ce a doña Genoveva a cortar el discurso  
de don Apolonio.

—No hablemos más de eso...

Todos comen en silencio. Al cabo de  
un instante, doña Genoveva dirige a la  
señorita Antonieta una mirada acaricia-  
dora.

—¿Te ha gustado?

—Sí.

—Ya tienes otra vez buenos colores...

Don Apolonio, mirándola, sonríe. La  
señorita Antonieta también sonríe. Pero  
una de las hermanas comenta maliciosa:

—Parece una labriega.

No se habla más. La señorita Anto-  
nieta, terminada la cena, acomoda el  
chal en sus hombros y recuesta el bus-  
to en el espaldar de la silla. Don Apo-  
lonio, luego de beber la última gota del  
vaso, enciende un cigarrillo. Las dos he-  
rmanas salen airosas. Después, oyense  
dentro sus risas, sus voces y el murmu-  
llo del agua en el lavabo.

César FALCON

Ilustraciones de BARTOLOZZI.

## LIBROS RECIBIDOS

*Dos hombres y dos mujeres* (novela) y  
*El año artístico 1922*, por José Francés.—  
La obra literaria de José Francés, tan  
corta ya y de tan positivos méritos, a  
pesar de la juventud del ilustre escritor,  
constituye un caso admirable y verdade-  
ramente ejemplar en la vida de nuestras  
letras. Novelista de gran originalidad y  
fuerte fibra, cuentista amenísimo, cro-  
nista de tanta agilidad mental como de  
espíritu moderno y crítico de arte, de  
larga extensa y sólida cultura dimana el  
claro y certero juicio que caracteriza to-  
da su labor de crítica, no hay género li-  
terario que José Francés no cultive con  
fortuna y en el que no se destaque con  
magoroso relieve su personalidad. El se-  
ceto de José Francés y del éxito de su  
última obra está en estas tres virtudes:  
espíritu inquieto, abierto a todos los

vientos del mundo; corazón de poeta,  
animado de una llama lírica a cuyo fue-  
go todas las cosas se embellecen y exal-  
tan, y una laboriosidad de hombre que  
ha hecho norma de su existencia el vivir  
exclusivamente para su arte. La publi-  
cación de esta novela de ahora, *Dos hom-  
bres y dos mujeres*, libro lleno de inte-  
rés y de emoción, que cautiva desde sus  
primeras páginas, dedicado a Bartolozzi,  
el insigne dibujante, quien ha pintado  
para ella una bellísima portada, y de  
*El año artístico 1922*, admirable resumen  
crítico de la vida artística española du-  
rante el pasado año, con valiosas ilus-  
traciones, al aumentar el rico caudal de  
su obra, exaltan la personalidad litera-  
ria de José Francés con nuevos valores.

×

*Cantares y no cantares*, por Joaquín  
Taboada Steger.—El malogrado autor de  
estos bellos cantares «era un hombre, co-  
mo dice Alberto Ghirardo en sentido pró-

logo, que sabía poner música a sus  
ideas». Era un músico-poeta. La carac-  
terística de su obra, toda ella del mas  
puro arte, es una sinceridad tan inge-  
nua como fuerte. La buena y dulce ami-  
ga de Taboada Steger, la Ironía, fué  
siempre la inspiradora de este hondo  
poeta y músico admirable.

×

*La vida a distancia*, por Luciano de  
Taxonera.—En esta novela, tan breve por  
su extensión y tan profunda por la in-  
tensidad de pensamiento, Luciano de Ta-  
xonera afirma plenamente su personali-  
dad literaria. Es un libro admirablemen-  
te escrito, en un estilo limpio, rico y  
fuerte, dotado de una poderosa vida in-  
terior, honda y valientemente sincera.

Advertimos a los señores que nos honran  
con su colaboración espontánea, que «en  
ningún caso» nos es posible devolver los  
originales no solicitados ni mantener co-  
rrespondencia acerca de ellos.

## EDITORIAL «MUNDO LATINO»

Sagasta, 14. — MADRID — Apartado 502

Acaba de aparecer

### TINIEBLAS EN LAS CUMBRES

novela por

Ramón Pérez de Ayala

Precio: 5 pesetas.

He aquí un libro conceptuado por el ilus-  
tre Pérez Galdós como verdadera joya de  
la literatura picaresca. En *Tinieblas en  
las cumbres*, una de las obras maestras  
de la novela contemporánea, se reúne la  
gracia y agudeza de los antiguos clásicos  
y los italianos del Renacimiento que de-  
jaron libros tan famosos en este género,  
y el admirable castellano que a través de  
la trama descriptiva, Pérez de Ayala en-  
esta, como en todas sus obras, imprime.

En todas las librerías y en las estaciones del ferrocarril.

Concesionario de venta:

Librería y Editorial RIVADENEYRA  
Avenida de Peñalver, 8 y 10



# INDUSTRIALES Y COMERCIANTES

El Banco Español, el único en España industrial y mercantil, constituido a base cooperativa y promotor de empresas:

**Compra en total o en participación toda clase de negocios para desarrollarlos a base de sus elementos financieros y de cooperativismo.** Los que tengáis alguna propiedad o industria que queráis explotar más ampliamente o de la que queráis desprenderos, bien en su totalidad, bien en parte, dirigiros hoy mismo, sin dejarlo para mañana, al Banco Español.

**Va a montar sucursales en todas las principales poblaciones de España, y necesita promotores y directores para las mismas.** Los que os creáis con personalidad, aptitudes y relaciones bastantes para poneros a su frente, dirigiros en seguida al Banco Español, pidiéndole antecedentes.

**Va a enviar en breve agentes vendedores a América con muestrarios españoles para organizar allí el intercambio con España y recabar pedidos.** Los que queráis aquellos mercados o fomentar vuestras ventas, tanto en el interior de España como en aquellas Repúblicas, dirigiros inmediatamente al Banco Español.

La correspondencia al Secretario del Banco

**Avenida del Conde de Peñalver, 24 (Gran Vía)**

**y Caballero de Gracia. 23.—MADRID**